

Lectura de “La metamorfosis”, de Kafka

Reading “The metamorphosis”, by Kafka

Irene Friedenthal

RESUMEN

El trabajo aborda el cuento de Kafka desde la perspectiva de un análisis basado en categorías psicoanalíticas que se fundamentan en la retórica del texto. Se abstiene de referirse a la biografía del autor y a sus otros textos. Descubre el quiasma como figura retórica que organiza la división de la enunciación en el texto: división entre insecto y ser hablante; división entre goce sufriente y deseo. Se revelan así no una, sino una pluralidad de metamorfosis que habían sido ignoradas por la pasión del protagonista de sacrificarse en favor del bienestar de los suyos.

Palabras clave: : Afasia - Angustia - Deseo - Inhibición - Pasaje al acto - Quiasma - Renuncia - Sufrimiento

SUMMARY

This paper approaches Kafka’s story from the perspective of psychoanalytic categories based on the text’s rhetoric. It abstains from referring to the author’s biography and to his other texts. It discovers that chiasmus is the rhetorical figure which organizes the story’s divided enunciation: division between insect and speaking subject; division between submission and desire. Not one, but multiple metamorphosis are thus revealed, which had been ignored by the protagonist’s passion to sacrifice his desire in favour of his family’s well being.

Key words: Aphasia - Anxiety - Desire - Inhibition - Passage à l’acte - Chiasmus - Resignation - Suffering

INTRODUCCIÓN

La historia literaria cuenta que cuando Kafka terminó de leer a sus amigos “La metamorfosis”, ellos fueron presa de un ataque de risa. Nunca sabremos cómo adjetivar en cada uno de ellos las carcajadas que respondieron a este cuento inquietante. Quizás encontrarlo digno de arrancar la risa sea un modo de arreglárselas con el horror implacable que trasmite a cada paso, la repugnancia que suscita, el asco, el rechazo. Obliga a preguntarse cómo es que la lectura de semejante tema, con sus personajes, sus peripecias, logra ser fascinante, cómo consigue deparar alguna otra respuesta que la de intentar olvidar este texto perturbador.

En el inicio, un narrador anónimo cuenta que “...al despertar Gregorio Samsa una mañana tras un sueño intranquilo, encontré en su cama convertido en un monstruoso insecto”. Una aclaración sobre el pasaje del alemán al castellano. Borges traduce “monstruoso insecto”; otros “insecto enorme”, o “bicho enorme”. Quiero subrayar que “monstruoso” sólo corresponde al tamaño desmesurado del insecto, sugerido como aproximándose a la talla de un hombre. El insecto no es “monstruoso” para Gregorio Samsa, quien se sorprende por su transformación, pero ella no lo horroriza. Sí, en cambio, va a ser monstruoso para las personas de su entorno, que se espantarán de él.

Invito a tomar el relato que sigue a este célebre comienzo, como las asociaciones que dan cuenta de la

metamorfosis inaudita que aconteció entre el momento en que el hombre Gregorio Samsa se acostó en su cama, y su despertar en esa misma cama transformado en enorme insecto. El “sueño agitado”, del que sólo tendremos la noticia de que fue un sueño agitado, habrá sido entonces la bisagra que operó la transformación de un hombre en un insecto desmesurado.

Propongo que la figura retórica que organiza el texto es la del quiasma, figura de oposición que puede resumirse así: Gregorio Samsa vivía como un insecto cuando era un ser humano; Gregorio Samsa se humaniza cuando se transforma en insecto. En el punto de juntura de este quiasma, de este entrecruzamiento, “Gregorio Samsa” nombra a la vez el cuerpo irreconocible de un animal de otra especie, y la identidad humana anterior al despertar. El nombre propio identifica la continuidad entre el hombre que se comunicaba a través del lenguaje, y ese cuerpo de insecto, cuyo lenguaje lo comunica con nosotros, lectores, a través del narrador que cuenta la historia, mezclando su voz con la del protagonista.

En su condición humana Gregorio Samsa ha vivido en un cautiverio voluntario, calculando que podía postergar decisiones sobre su vida hasta terminar de pagar la deuda que el padre había contraído. Cultivó la ilusión de que su deseo admitía ser retrasado hasta el momento que fuera más ventajoso para el bienestar de sus familiares.

El quiasma da cuenta de que bajo el mismo nombre de “Gregorio Samsa”, se entrelacen en el texto dos modos

de enunciación. Uno corresponde al de la identidad humana y está marcado por una extensa gama de renunciaciones, mortificaciones y modos del sufrimiento: el miedo a lo que piensen de él, a ser sospechado de holgazanería; la enunciación suplicante, el autorreproche, el remordimiento, la tristeza.

Un segundo modo de enunciación corresponde a la irrupción del deseo, que interrumpe su devoción a los otros con el recurso fantástico de metamorfosearse en insecto, encerrado ahora en un cautiverio de límites espaciales más estrechos que el anterior. La geografía de sus desplazamientos lo reduce a su cuarto pequeño, a tres incursiones en la sala, y finalmente, al cuarto donde van a ir a parar los desechos que ya no tienen utilidad en el departamento familiar, desechos de los que él formará parte hasta su muerte.

Transformado en insecto, surge en él un erotismo nuevo, al que se entrega con entusiasmo.

Esta propuesta de lectura considera que el despertar del insecto es el despertar de la pesadilla en la que el hombre Gregorio Samsa vivía. Se conjuga con la afirmación de que la metamorfosis en insecto enorme realiza el deseo de Gregorio Samsa de abandonar una vida que lo deshumanizaba, y que por eso él no se horroriza en ningún momento de su transformación, aun cuando se sorprenda de ella.

Me interesa enfatizar la diferencia entre sorpresa y horror, porque eminentes lectores de la obra, a mi entender, no la establecen, y creo que por eso no alcanzan a leer que la metamorfosis

materializa el deseo del protagonista de evadirse de la prisión en la que él mismo se ha encerrado. Reitero entonces que desde la perspectiva del protagonista, el término “monstruoso” adjetiva el tamaño aproximadamente humano del insecto. Gregorio Samsa va a leer, en las reacciones que produce, el espanto de su entorno, espanto que él no experimenta frente a su metamorfosis.

La transformación hace caer al enorme insecto de la sociedad humana porque pierde el habla como lazo social, como medio de intercambio entre seres hablantes. Usando un léxico familiar al ambiente psicoanalítico, podemos decir que Gregorio Samsa se vuelve afásico: ha perdido tanto el habla como el lenguaje gestual, y por eso está excluido del intercambio verbal que lo hacía humano.

Los personajes que lo rodean, y a quienes él oye, no pueden sin embargo escucharlo. A la vez, ellos creen que Gregorio Samsa no puede oírlos. Por la mediación del narrador, nosotros, lectores anónimos, tenemos acceso a sus pensamientos, a los diálogos sin sonido humano que mantiene con sus personajes en sus aparentes soliloquios. Entre los personajes con quienes dialoga figura el propio Gregorio Samsa que fue el cuerpo de un hombre.

El narrador anónimo establece un puente entre Gregorio Samsa y nosotros lectores. A través de él, leemos y escuchamos algo que no se dijo, que no se pudo o no se puede decir. Nos enlaza quizás en una alianza basada en un secreto, a la manera como Gregorio Samsa compartía con

su hermana Grete la complicidad que los unía al haber estado él dispuesto a costearle los estudios de violín.

Pasión de ignorar el deseo

Sin que Gregorio Samsa establezca nexos de causa/ efecto, surgen las razones que lo llevaron a elegir - inadvertidamente- abandonar la condición humana. Cinco años atrás el padre había quebrado en el negocio que administraba con un socio, y a raíz de ese quebranto había contraído una deuda con el actual patrón de Gregorio Samsa. A partir del momento de la quiebra y el endeudamiento, Gregorio Samsa se dedicó a hacer olvidar a sus familiares que esa catástrofe económica había ocurrido, desclasándolos. Había incluso compartido con su hermana el proyecto de enviarla a estudiar violín en el conservatorio, a pesar de que ése fuera un plan costoso, que hubiera diferido aún más el pago de la deuda. El anuncio de ese plan a los padres no llegó a concretarse porque en el interín sobrevino la metamorfosis.

Trabajando con gran concentración como viajante de comercio dedicado y laborioso, había calculado que en cinco o seis años la deuda quedaría saldada. Después de los primeros tiempos, la familia se había habituado a que Gregorio aportara el dinero, que aceptaban con gratitud, pero ya no con aquella primera sorpresa y primera alegría, que no volvieron a reproducirse tan calurosamente como al principio.

En el transcurso de los años los

padres habían llegado a hacerse la ilusión de que el puesto de Gregorio en el negocio de su patrón sólo podía acabar cuando la vida de él llegara a su fin. La ilusión de los padres finalmente habrá de materializarse, porque efectivamente su vida terminará pocos meses después de la metamorfosis, insomne, anorético y debilitado por la tristeza de saber que sus familiares quieren deshacerse de él.

Hasta la metamorfosis, él siempre había creído que a su padre no le quedaba absolutamente nada del antiguo negocio. Sin embargo, la mañana siguiente a su transformación, escuchando detrás de la puerta de su cuarto contiguo a la sala, no puede ya mantener el engaño que venía aceptando y en el que participaba. Se entera, en efecto, de lo que aparentemente había pretendido ignorar: que la situación económica de la familia no era tan mala como él venía suponiendo desde hacía cinco años. El padre había logrado salvar algunos documentos de la quiebra, y también había ahorrado parte del dinero que Gregorio Samsa aportaba regularmente para la manutención de la familia. Esa escucha furtiva le hace caer en la cuenta que el dinero ahorrado constituía un pequeño capital que le hubiera permitido quedar libre de la deuda en un plazo más corto. Sin embargo, cuando se entera de ese engaño, autoengaño, engaño del padre, de la madre y la hermana, la pasión por ignorar su deseo lo lleva a cerrar bruscamente, a clausurar de modo tajante el tema de su tiempo desperdiciado: piensa que el padre ha actuado bien, ahorrando dinero a sus

expensas, y se enorgullece al pensar que -gracias a sus esfuerzos- la familia había vivido muy feliz en ese hermoso departamento.

Al despertar del sueño agitado, y enseguida después de constatar la transformación de su cuerpo acostado en la cama, su mirada recae sobre el grabado colgado arriba de la mesa de su cuarto, un grabado que él había recortado recientemente de una revista ilustrada, y que había instalado en un marco dorado, armado por él mismo durante sus horas de descanso. Representaba a una mujer envuelta en pieles. Esa imagen habrá de ser lo que queda de una búsqueda fracasada de una mujer para él; el resto enmarcado de una vida erótica signada por haberse negado a aprovechar la ocasión, una vida amorosa signada por el “demasiado tarde”: había formalmente pretendido a una cajera de una sombrerería pero había tardado demasiado en hacerle la corte.

Una metamorfosis deseada

La transformación en insecto se deja leer como la elección -no reconocida- de exilarse de una vida extenuante de viajes, de caras siempre nuevas, de una carencia de relaciones duraderas ni cordiales con nadie.

El patrón no admite excusas para faltar o llegar tarde al trabajo.

¿Quién sabe si que el patrón lo despidiera no sería lo mejor que podría ocurrirle?

Una frase en particular formula del modo más explícito la satisfacción que

experimenta con su transformación. En ella paladea el placer de que lo vieran transformado. Es cuando no logra levantarse de la cama para llegar a tomar el tren, y entonces se pregunta si le convendría pedir ayuda para levantarse de la cama: “...pese a lo apurado de su situación, no pudo menos que sonreírse...”. La imagen siniestra de un enorme insecto sonriéndose al imaginar que su familia se topara sorpresivamente con él, sugiere el placer de enfrentarlos con el hecho consumado de su metamorfosis, lo que los hundiría en el miedo, en vez de estar él sumido en la angustia que lo hacía dedicarse abnegadamente a que su familiares no sufrieran por el desclasamiento acontecido.

El deseo de metamorfosis se lee también en la denegación: cuando escucha a su hermana llorar porque él no se levanta de la cama y porque no hace pasar a su cuarto, cerrado con llave, al apoderado del negocio, las voces conjuntas del narrador y de Gregorio dicen: “Gregorio estaba todavía allí y no pensaba ni remotamente abandonar a los suyos. Por eso su hermana Grete no tenía razones para sollozar suponiendo que Gregorio corría el riesgo de perder su puesto, ya que el patrón habría de exigir nuevamente el pago de la deuda. En el estado en que se encontraba Gregorio – esto es, en el estado de insecto- nadie podía exigirle seriamente que hiciera entrar a su cuarto al representante del patrón”.

También el deseo de ser otro se lee en las nuevas satisfacciones que experimenta: “Salvo cierta

somnolencia, desde luego superflua después de tan prolongado sueño, Gregorio se sentía admirablemente, con un hambre particularmente fuerte. También: comenzaba a chupar con glotonería el queso, que fue lo primero y que con más fuerza le sedujo. Rápidamente, con los ojos arrasados en lágrimas de alegría, devoró sucesivamente el queso, las legumbres y la salsa”.

Cuando -muy pronto- la comida deja de producirle alegría, “...fue tomando, para distraerse, la costumbre de trepar zigzagueando por las paredes y el techo”. El placer del movimiento se formula, por ejemplo, después que el apoderado del negocio huye aterrorizado de verlo. En ese momento siente por primera vez esa mañana una impresión de bienestar físico: “... sus patas reposaban sobre un suelo firme, le obedecían de maravillas, como notó con placer, e incluso sólo esperaban llevarlo hacia donde él quería; ya estaba suponiendo que el fin de sus males estaba próximo”.

Y también el placer de la elasticidad al saltar: “En el techo particularmente era donde más a gusto se encontraba; aquello era cosa hartamente distinta que estar echado en el suelo; allí se respiraba mejor, el cuerpo sentíase agitado por una ligera vibración. Pero aconteció que Gregorio, casi feliz, y al tiempo divertido, desprendióse del techo, con gran sorpresa suya, y se fue a estrellar contra el suelo. Mas, como puede suponerse, su cuerpo había adquirido una resistencia mucho mayor que antes, y pese a la fuerza del golpe, no se lastimó”.

El erotismo doloroso de la condición humana

Su vida ajetreada, compuesta de viajes, incomodidades, madrugones y sueño insuficiente, contrasta con la vida de odaliscas que se dan algunos viajeros que distribuyen su tiempo de otro modo. “Estos madrugones -díjose- le entontecen a uno por completo. El hombre necesita dormir lo justo. Hay viajeros que se dan una vida de odaliscas. Cuando a media mañana regreso a la fonda para anotar los pedidos, me los encuentro muy sentados, tomándose el desayuno”. La devoción de Gregorio a su trabajo y al pago de la deuda se enlaza entonces al rechazo de una posición holgazana de mujer de un harén, y daría cuenta de la conminación que reiteradamente se dirige en los comienzos del relato: “sobre todo no quedarse en la cama”.

Cuando quiere preservar en su cuarto el retrato de la dama, y que la madre y la hermana no lo despojen de él, leemos: “...trepó precipitadamente hasta allí y agarrose al cristal, cuyo contacto calmó el ardor de su vientre. Al menos esta estampa que él tapaba ahora por completo no se la quitarían”.

Una poderosa ensoñación de erotismo fraternal es la que acaricia cuando escucha tocar violín a su hermana. Se pregunta si su condición es efectivamente la de una fiera, ya que podría acaso la música impresionarle tanto si él fuera un animal? “Le parecía como si se abriese ante él el camino que había de conducirle hasta un alimento desconocido ardientemente anhelado. Sí, estaba decidido a llegar

hasta la hermana, tirarle de la falda, y hacerle comprender de este modo que había de venir a su cuarto con el violín, porque nadie premiaba aquí su música cual él quería hacerlo. En adelante, ya no la dejaría salir de aquel cuarto, al menos en tanto él viviese. Por primera vez había de servirle de algo aquélla su espantosa forma”. (Reiteremos que el espanto de Grete ante el insecto ha sido, desde el primer momento en que ella lo viera transformado, fuente constante de sufrimiento para él).

“Quería poder estar a un tiempo en todas las puertas, pronto a saltar ante todos los que pretendiesen atacarle. Pero era preciso que la hermana permaneciese junto a él, no a la fuerza, sino voluntariamente; era preciso que se sentase junto a él en el sofá, que se inclinase hacia él, y entonces le confiaría al oído que había tenido la firme intención de enviarla al Conservatorio, y que, de no haber sobrevenido la desgracia, durante las pasadas Navidades -pues las Navidades ya habían pasado, no?-, así se lo hubiera declarado a todos, sin cuidarse de ninguna objeción en contra. Y, al oír esta explicación, la hermana conmovida rompería a llorar, y Gregorio se alzaría hasta sus hombros y la besaría en el cuello, que, desde que ella iba a la tienda, llevaba desnudo sin cinta ni cuello”.

No hacerse responsable por el deseo

El deseo de optar por una alternativa diferente para su vida es un deseo

del que Gregorio Samsa no se responsabiliza. No lo registra como una voluntad que lo guía, sino como un azar, una aventura, un estado que le aconteció sin su participación.

Quiere hacerse ver en posición erguida, lo que sugiere una posición que otros verían como amenazante. Hacerse ver sería un modo de decidir, a partir de la mirada de los otros, cuál es su condición: si asusta al apoderado del patrón y a sus familiares puede estar tranquilo, porque no es responsable por haberse transformado en insecto. En cambio, si no los asusta, no tiene razones para inquietarse y puede ir a tomar el tren y retomar su trabajo.

La dificultad para admitir el deseo de fugarse de la escena cotidiana, aflora en el temor a que los otros crean que no tiene ganas de trabajar.

La exclamación de orgullo por haber conseguido para sus padres y hermana que continuaran viviendo en un departamento tan lindo: “qué vida más tranquila parece llevar mi familia”, revela la satisfacción de sacrificarse en ofrendar o otros un bienestar a cambio de ser amado por ellos.

Hasta el final, pareciera no querer caer en la cuenta de que su transformación es irreversible, es decir, de que su deseo llegó allí para quedarse, más allá de las consecuencias indeseadas. Avanza una serie de razones: podría ser que esta tontería de la metamorfosis se desvaneciera si durmiera un poco más; podría ser que estuviera atacado de remordimientos insensatos por llegar tarde al trabajo y eso fuera lo que le impide levantarse de la cama; podría ser un momento de incapacidad, un impedimento transitorio.

La madre, el padre, la hermana llaman a su puerta para preguntar por qué todavía no tomó el tren. Se asusta porque su voz de siempre sale "...mezclada con un doloroso e irreprimible pitido, en el cual las palabras, al principio claras, confundíanse luego". Pero no duda un instante que ése es nada más que el signo premonitorio de un resfrío mayúsculo, la enfermedad profesional del viajante de comercio. También alega que una ligera indisposición, un acceso de vértigo le impiden levantarse de la cama. Tiene un acceso de tos, pero no puede decidir si la tos es o no humana. No hay registro de que la metamorfosis es irrevocable, que no hay vuelta atrás. Su "nuevo estado", esta "aventura", su "nueva organización", son los eufemismos, las expresiones tibias que nombran una transformación deseada que no logró afirmarse cuando aún gozaba de la condición humana. Pero además, locuciones como "nuevo estado", "aventura", "nueva organización", formulan claramente que Gregorio Samsa no rechaza su metamorfosis. En cambio, desde su perspectiva, constata que para sus familiares ha ocurrido una gran desgracia. Si pensamos el cuento como una fábula, una moraleja posible que podría desprenderse de ella se formularía más o menos así: cuando se han resignado las ocasiones para el deseo, a favor del bienestar de otros, puede ser preferible caer de la escena humana transformándose en un insecto enorme.

La metamorfosis de los personajes

Una foto en la sala muestra a Gregorio Samsa en una imagen anterior a la quiebra del padre: orgulloso de su uniforme de soldado, una mano puesta en la espada, sonriendo despreocupadamente, con un aire que parecía exigir respeto para su indumentaria y su actitud. El relato elide qué proyectos este hombre joven abrigaba antes de la metamorfosis que lo llevó a trabajar como una hormiga para sus familiares.

La visión nublada del enorme insecto se acompaña de una lucidez que en su condición humana Gregorio Samsa no tuvo, y que le hace ver a su familia bajo una luz que se había empeñado en ignorar.

La dulce voz de la madre asmática y débil pasa a ser una voz que pretende encubrir con una entonación y gestualidad melodramáticas el horror y la repugnancia por un hijo monstruoso.

El padre viejo y sin fuerzas pasa a ser un gigante temible, a multiplicarse en mil padres, a tener "...una mirada atenta y lozana y el cabello blanco, siempre desmelenado hasta entonces, parecía brillante y dividido por una raya primorosamente trazada". Otra faceta de la metamorfosis del padre es la que lo transforma en un payaso, también melodramático, que exagera su debilidad, y que a su vez despierta repugnancia con su uniforme de ordenanza de banco, sucio y lleno de manchas.

La hermana de 17 años, una niña de su casa que tocaba el violín, despabilada y seductora, pasa a apropiarse y a

monopolizar las decisiones sobre el estado del cuarto de Gregorio Samsa, su higiene y su alimentación. Las actitudes de horror y de amenaza de Grete, el hecho de que ella no le dirija la palabra desde la metamorfosis, el descuido en procurarle las comidas que ahora le gustan y la limpieza que reclama, van a ser causa de la desolación que lo llevará a dejarse morir.

La enunciación del demasiado tarde

Varias escenas son narradas al ritmo lento que detalla paso a paso las dificultades y torpezas de Gregorio Samsa para desplazar su enorme cuerpo de insecto: escenas que transcurren en tiempo supuestamente real, como llegar a salir de la cama, abrir la cerradura trabada, volver de la sala a su cuarto. Entiendo que el tiempo moroso del relato no sólo refleja que ese cuerpo animal no obedece las órdenes humanas, propias o de su entorno; tampoco sólo acompaña el hecho de que sus patas y cuerpo estén dañados por el empujón del padre, o porque el padre lo bombardeó con manzanas y una de ellas se le incrustó en el lomo, donde se pudre.

Encuentro que la velocidad lenta del relato metaforiza la razón que condujo a Gregorio Samsa al callejón sin salida en el que se encuentra: el demasiado tarde de supeditar su deseo al momento en que obtuviera el permiso de otros.

El quiasmo figura la división entre el goce de someterse y el deseo de elegir otra opción.

El goce de Gregorio Samsa cuando fue humano se concentró en sacrificar su deseo, postergándolo, para que sus familiares no sufrieran el desclasamiento al que la deuda los obligaba. No logró decir “no” a la vida que llevaba y a lo que creía que ellos esperaban de él. Sólo pudo decir “no” transformándose en insecto.

Los sueños agitados, consignados en el primer párrafo, son la ocasión, el *kairos*, el factor desencadenante, de un cambio de posición. Constituyen la bisagra de la metamorfosis, el acontecimiento de fractura, de discontinuidad entre un antes y un después, entre el goce de agrandar y el deseo de hablar en nombre propio, aun a costa de perder la voz humana. El análisis del cuento permite detectar distintos momentos en la secuencia discursiva, que se encadenaron hasta llegar a la constatación de la metamorfosis. Ella es, retroactivamente, un momento de conclusión respecto del tiempo en el que el cuerpo del protagonista era humano; pero también, al mismo tiempo, un instante de ver que abre la primera secuencia del relato.

El relato contrasta la división entre el “hacer” de una movilidad corporal minuciosamente consignada, y el “no” como “acto de habla” que el protagonista profiere, por ejemplo, cuando se niega a obedecer la orden de abrir la puerta de su cuarto al apoderado del negocio.

El nombre del protagonista se repite

por lo menos 227 veces a lo largo del cuento, casi cuatro por carilla. Una única vez, al comienzo, es mencionado sólo por el apellido, algunas veces con el nombre completo, y la mayoría como Gregorio. Esta llamativa reiteración nombra la supuesta identidad de un insecto que fue un hombre, que habla aunque no le entiendan, y a quien sus familiares cesan de dirigirle la palabra al constatar la metamorfosis. La repetición del nombre propio produce un gran efecto de realidad: crea el personaje, y la ilusión de su unidad. Desde mi punto de vista, la ilusión de consistencia que la repetición genera, apunta en cambio a su contrario: al desgarramiento entre la enunciación y lo que se enuncia, entre goce y deseo, entre endogamia y exogamia.

La transformación en insecto es lo que impide seguir trabajando para mantener el tren de vida de los familiares, como si la metamorfosis enunciara: “no soy responsable de haberme transformado en insecto y, en consecuencia, de no pagar la deuda de mi padre”. No quiero más se dice con la metamorfosis: un insecto no puede ser viajante de comercio. La negativa a complacer a otros se enuncia así de modo escandaloso, por la vía que para un observador externo es inverosímil porque introduce la dimensión de lo fantástico, pero también porque contrasta con valores e ideales habitualmente compartidos.

El nombre de Gregorio Samsa reúne la enunciación del goce y la del deseo, así como designa a la vez al hombre y al insecto. La lectura del texto intenta separar lo que es del goce y lo que es el deseo, en la línea

freudiana que emparenta el análisis con la cirugía. De allí la idea del quiasma, como instrumento retórico y quirúrgico que me permite encontrarle al cuento la racionalidad que lo vuelve deslumbrante.

Dos secuencias en las que el deseo es aplastado por la tentación de complacer

El relato aparentemente pegotea y yuxtapone afirmaciones donde habla el goce con afirmaciones donde el deseo se enuncia. También aparentemente pegotea y yuxtapone afirmaciones atribuibles a un cuerpo de hombre con afirmaciones atribuibles a un cuerpo de insecto. Pero detenerse a examinar las secuencias del relato permite leer cómo los breves momentos en que el protagonista habla en nombre propio se ven rápidamente ahogados por el altruismo que lo somete a que sus allegados no sufran. Cuando se examinan los nexos que arman las secuencias del texto, pueden observarse las modulaciones que se verifican en la enunciación del protagonista.

Tomo en primer lugar la secuencia que se abre con el descubrimiento de Gregorio Samsa del placer de trepar por las paredes y el techo. Por los rastros de baba, la hermana detecta esta nueva actividad, y, en principio para facilitarla, procede a vaciar el cuarto del hermano con ayuda de la madre. Pero la madre teme que vaciar el cuarto sea leído por el hijo como una indicación de que los familiares renuncian a toda esperanza